



VIII

Mariquita.

El traslado de doña Aurora á la *Torre Maldita* efectuóse el mismo día que Cocardasse iba á ser ahorcado en Madrid.

Al otro día el caballero de Lagardère, los dos maestros de esgrima y el vasco Antonio se hallaban reunidos en una casa de los arrabales de Segovia. El gascón se había escapado, sin despedirse ni darles las gracias, de entre las manos de los cofrades de la Paz y Caridad, corriendo como un gamo para acudir á la cita.

Enrique, no obstante haber logrado libertar á su antiguo profesor, estaba sombrío y pensativo. Al saber que Gonzaga se encontraba en Madrid con todos los *enrodados* excepto Peyrolles, supuso lógicamente que el factótum era el custodio de su amada, y hubiera dado diez años de

vida por poder saber dónde la tenían. Desde su entrada en España, por más que hizo, no consiguió hallar huella alguna de las doncellas, lo que le entristecía é irritaba á la vez.

—¿Estás bien seguro de haber visto á Charvany?—preguntó de pronto á Cocardasse.

—Segurísimo. Me dijo su nombre. Por más señas, que me hizo beber un gran vaso de agua. ¡Vive Dios! ¡Toda mi vida me acordaré! ¡Ya no sabía el gusto que tenía ese líquido! ¡Puf!...

—¿Por qué no le dijiste que estaba allí?

—¡Oh pequeño; ten en cuenta que estaba algo aturdido por el golpe! La voltereta que di en el aire fué buena; la cuerda estaba alta: además, todos aquellos sayones que se disputaban el honor de bendecirme me impedían hablar. ¡Voto á bríos!...

—Quizás sepa él dónde están Aurora y doña Cruz.

Y volvió á ocultar la cabeza entre las manos. Todos respetaron su dolor y su ensimismamiento. Nos olvidamos de decir que no estaban los cuatro solos. Había entre ellos una mujer: Mariquita, que contempló melancólicamente al caballero y fué á sentarse á sus pies.

—No desesperes, y dime dónde podré halarte dentro de cuatro días. Voy á separarme de tí hasta entonces,

—¿Adónde vas?

—Á cumplir mi deber. Yo, como tú, tengo deberes.

Enrique la miró fijamente: ella sostuvo sum irada

—¿Dudas de mí? ¿Crees que voy á reunirme con tus enemigos?

—¿Y por qué no? No te conozco, ni sé por qué me sigues.

Bajó la joven su hermosa cabeza, y por su moreno rostro resbalaron dos lágrimas.

—Y, sin embargo, te seré leal hasta la muerte, y tu duda me desgarró el corazón. ¿Quiéres saber adónde voy?

Lagardère levantó la cabeza, se conmovió por la sinceridad de las lágrimas de la gitana, y contestó:

—¡No, pobre niña; no dudo! Soy cruel á veces, y hay que dispensarme porque la impaciencia me mata. Ve adonde quieras, sin necesidad de decirlo: no necesito saberlo.

El semblante de la muchacha irradió la satisfacción que experimentaba, y dijo:

—Voy á dar un beso á mi padre: suelo ir cada quince días. Es un deber que me he impuesto y que no dejaría de cumplir por nada, aun encontrándome en el otro extremo de España, aunque supiera que había de morir en el camino. Cumplido mi deber, volveré contigo...

Mariquita, que no hubiera dicho palabra si la hubieran interrogado, considerándose herida en su dignidad, tenía empeño en explicarse á la sazón, que no querían saberlo y que estaba segura de que no desconfiaban de ella. Pero el caballero la interrumpió, le tapó la boca con la mano y depositó un beso en su frente.

—Ve, hija mía, corazón leal; ve á cumplir con tu deber. Lo que haces es noble, y Dios te protegerá. Si no ocurre algún contratiempo, dentro de dos días estaremos en Zaragoza, y desde el mediodía del tercero uno ú otro de nosotros estará al pie de la Torre Nueva aguardándote.

—Acudiré puntualmente. No te vayas de Zaragoza sin haberme visto: tengo el presentimiento de que te llevaré buenas noticias.

Le dirigió una mirada en que se leía cariño y adhesión y se fué, desapareciendo muy pronto por la carretera.

Los dos maestros de esgrima y el vasco hablaron entre sí en voz baja, para no distraer de sus meditaciones á Lagardère, que á los diez minutos se levantó de pronto y dijo con su habitual energía:

—¡En marcha! ¡Estamos perdiendo un tiempo precioso cuando nos queda aún todo por hacer! ¡En marcha!

La crisis de desaliento doloroso había termi-

nado. La lucha contra la fatalidad iba á continuar.

Cuando la bruma comienza á envolver en su manto de sombra la *Torre Maldita*, á la hora en que los murciélagos describen sus primeros círculos volando al ras del suelo, y lanzan sus primeros graznidos desde las hendiduras de las peñas los buhos y auillos; una joven se detenía ante la escarpa. Iba cubierta de polvo, sus cabellos se pegaban á sus sienes, y sus pies estaban ensangretados por dos días enteros de marcha; pero no sentía ya fatiga ni dolores al verse gozosa y alegre al pie del ruinoso castillo que servía de refugio á su desgraciado padre.

Alzó los ojos para contemplar la luz que veía siempre á través de la ventana cuando llegaba de noche, y se sorprendió al distinguir tres ó cuatro estancias iluminadas. ¿Qué significaba aquello? Disipóse su sonrisa, y su corazón palpitó con violencia. Su padre no recibía á nadie, y, sin embargo, todas aquellas habitaciones estaban habitadas, pues algunos cuerpos se interponían á intervalos entre los cristales y la luz.

Aquella niña que no temía nunca por ella misma, temblaba por su padre; por aquel anciano tan bueno, tan cariñoso, tan infortunado. ¿Le habrían asesinado? ¿Hallaría en vez de su padre alguna cuadrilla de bandidos? La gitana sacó de

su cintura una navaja, la abrió, la empalmó en la mano, dispuesta á defenderse y á ofender, apartó unos arbustos silvestres, atravesó un matorral, y desapareció en la roca viva como por encanto.

Era un pasadizo estrecho, del cual arrancaba una escalera irregular, angosta, resbaladiza. La joven la subió apresuradamente, y al cabo de media hora de ascensión difícil, sudorosa y angustiada, penetró como un huracán en la estancia donde su padre la aguardaba leyendo apaciblemente. Cayó en los brazos del anciano sin poder pronunciar palabra y casi sin aliento. Los besos del caballero la reanimaron.

—¡Bienvenida, querida hija mía; hace cuatro días que te aguardo!

Mariquita oyó de pronto andar en el techo de la estancia, y se sobresaltó.

—¿Qué es eso? ¿No te amenaza algún peligro? He visto luz en varias salas...

Ansiosa y palpitante encogía el cuerpo como preparada á saltar contra un enemigo para proteger y defender á aquel anciano á quien adoraba, interponiéndose entre la muerte y él.

—Tranquilízate, hija mía: no tengo nada que temer. Mañana te contaré. Ahora descansa y come. Tienes hambre, y estás agobiada por la fatiga.

—No tengo hambre ni estoy cansada. Habla, padre mío; hazme el favor. ¿Qué sucede aquí?

—Nada que pueda contrariarte, hija mía. Creo haber hecho una obra de caridad, y confío en que la apruebes cuando lo sepas.

Aflojéronse los nervios, en tensión hasta entonces, de Mariquita, y la reacción la hizo caer casi sin conocimiento en un viejo sillón. Su padre le humedeció las sienes, y acabó de tranquilizarla con sus frases afectuosas; ella cogió con sus manos la venerable cabeza, y cubrió de besos el apacible y noble rostro.

—¡He tenido un miedo horrible de no volver á verte!—murmuró al fin, deshaciéndose en lágrimas de alegría.

—Y en lugar de eso—dijo él,—nos veremos mucho más que de ordinario, porque te quedarás aquí á lo menos una temporada.

—No. Mañana me marcho otra vez, padre.

—¿Mañana? Necesitaría que te quedaras aquí, por lo menos ocho días.

—¡Ningún poder humano será capaz de retenerme!—dijo ella poniéndose en pie.

—¿Aunque te lo mandara yo?

—No os obedecería, padre mío—repuso con frialdad.

El anciano no se enfadó.

—¿Y si, en vez de mandártelo, te lo supli-

case?—replicó el anciano con voz acariciadora.

—¡Padre, padre, por Dios; no me pidáis eso —¡gimió la muchacha.—¡Me es imposible!

—¿Quién es, pues, el que te aguarda para que le prefieras á tu anciano padre?

Bajó ella la cabeza y no respondió.

—Comprendo: es un hombre, un joven á quien amas, y no quieres confiarme tu secreto esta noche; ¿verdad? Bueno; ya me lo confiarás mañana. De todos modos, espera de mí sólo benevolencia. Cuando tú le amas, estoy convencido de que será digno de ti.

—Os equivocáis, padre mío—murmuró ella con cierto dejo de amargura.—Soy yo la que no sería digna de él. Pero su corazón no es libre, ni lo será jamás: no podemos amarnos; y sólo puedo ofrecerle mi abnegación sin límites, y mi vida si me la pide.

¿Amar á Lagardère? Quizás sí, quizás le amaba en el fondo; pero sin forjarse ilusiones, y decidida á ayudarle francamente á recobrar á su amada Aurora.

El anciano la contempló un instante y abrió de nuevo los brazos, en los cuales se echó la joven, ocultando su rostro en el pecho paterno.

—No temas nada por tu hija: se ha consagrado á una causa digna y noble, y cuando la conozcas, tú también aprobarás mis actos.

Oyéronse nuevamente los pasos en la habitación superior, y Mariquita insistió en su pregunta:

—¿Quién anda ahí? ¿No puedo conocer ese secreto?

—Arriba hay alojadas dos jóvenes, por cierto muy hermosas: una de ellas está enferma.

La gitana se estremeció, palideció, y sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¿Cómo se llama? ¡Dime su nombre!

—Lo ignoro.

—¿Y la otra?

—No lo sé tampoco; pero escucha:

Iba á contarle cuanto sabía, y le interrumpió una llamada á la puerta. Abrió, y apareció Peyrolles. Había oído hablar, y temió que doña Cruz hubiera salido de su estancia: por eso bajaba, fiel á su papel de perro custodio. Al ver á la gitanita su rostro preocupado se sonrió ante la bella joven, de quien no desconfió porque nunca la había visto. El anciano hizo las presentaciones:

—Mi hija. M. de Peyrolles, mayordomo del señor príncipe de Gonzaga.

La joven se inmutó al oír aquellos dos nombres malditos, tantas veces pronunciados en su presencia. Afortunadamente, la luz no iluminaba rostro, y ni su padre ni el factótum pudieron

apreciar lo que pasaba en su alma. Merced á su fuerza de voluntad su semblante recobró la tranquilidad al punto, y sus labios dibujaron una sonrisa.

—Obré algo de ligero al ofrecer sus servicios —añadió don Pedro,— pues tiene que irse mañana.

—Lo pensaré esta noche—interrumpió ella; y fué á sentarse en un sillón á la sombra, y apoyándose en los brazos del asiento, casi ocultó la cara entre las manos.—En este momento no puedo decir nada concreto. Llego, y me encuentro con huéspedes, lo que me sorprende. ¿En qué puedo seros útil? ¿Qué deseáis de mí?

Después de varios circunloquios Peyrolles le dió algunos pormenores acerca de lo que esperaba de ella. Le había agradado desde el primer instante, y así como contaba con la lealtad del padre, creía contar con la adhesión de la hija. Bien pensado, valía más servirse de aquella muchacha que de cualquier lugareña desconocida, que tal vez vacilase en ir al castillo, y que sacaría la lengua á relucir con sus vecinas, si que se pudiera impedir que murmurase.

Extendióse en consideraciones acerca de las causas de la enfermedad, poniéndola en guardia contra lo que las dos damas pudiesen decirle en contrario, y terminó rogándole que guardase

con ambas el más absoluto secreto sobre sus revelaciones.

Á don Pedro le parecía aquello un tanto sospechoso; pero Peyrolles fué hábil, doró bastante bien la píldora, invocando el interés mismo de las damasy razones de alta valía que por entonces le era imposible revelar. Por lo menos uno de sus dos oyentes quedó sémi-convencido.

—Tienen—concluyó diciendo el mayordomo —enemigos viles y acérrimos que las persiguen y perseguirán por doquiera con verdadero encarnizamiento, y el único medio de salvarlas de la muerte es que nadie conozca su retiro. Si llegaran á saberlo sus perseguidores, atacarían el castillo, incendiándolo, arrasándolo y pasándonos á todos á cuchillo.

- Si la señorita es hija vuestra—interrumpió á quemarropa la bohemia,—por complaceros y complacer á mi padre consentiría en retardar mi marcha; ó, mejor aún, en no estar ausente más que dos días, volviendo en ese plazo á ponerme á vuestros órdenes por todo el tiempo que sea necesario.

Peyrolles se frotó las manos pensando haber ganado la partida. Sin embargo, no osó hacer pasar por hija suya á Aurora de Nevers, puesto que había de descubrirse en seguida la superchería, y preguntó:

—Y no siendo mi hija, ¿rehusaríais asistirle?

—No lo sé. Lo pensaré, y mañana os daré la respuesta.

—¡Muy bien! ¡Ojalá vuestra decisión esté conforme con mis deseos! Me habéis sido simpática desde luego, y comprendo que ninguna otra persona me inspiraría tan completa confianza como vos. Para probároslo voy á deciros que la enferma es próxima pariente de mi señor el príncipe de Gonzaga, y que no me interesaría más por su salud si fuese mi propia hija. ¡Pobre niña! Mi vida está ligada á la suya. ¡Plegue á Dios que no caiga de su cabeza un solo cabello mientras no llegue yo al término de mi carrera!

Tanta audacia y desvergüenza inspiraron profundo disgusto, vecino al odio, en Mariquita; pero se contuvo, deseosa de asegurarse de que sus sospechas eran fundadas.

—¿Es española?—preguntó.

—No, francesa.

—¡Oh!—dijo la gitana con un gesto.—No sé el francés, y mis servicios no le serán de ninguna utilidad.

El mayordomo temió quedarse sin aquella asistenta, que reputaba ideal, para las damas, y se apresuró á añadir:

—Su compañera es española, y os servirá de intérprete.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y cómo se llaman esas damas?

Peyrolles titubeó un instante. Estuvo tentado de adjudicarles nombres supuestos; pero no se atrevió á mentir; pues Mariquita, en relación constante con ellas, descubriría pronto el engaño y recelaría. Era una superchería inútil, y quizás perjudicial. Así, pues, respondió:

—La enferma es Mlle. Aurora de Nevers; la otra, una gitana recogida hace tiempo por monseñor Gonzaga. No sé fijamente su nombre, pues usa varios: ella misma os lo dirá.

Aunque desde hacía un instante hallábase convencida de haber adivinado, y esperaba la respuesta confirmatoria, al oírla se estremeció y sintió como un desvanecimiento. ¡Al fin! Ella había logrado lo que Lagardère no pudo conseguir arriesgando cien veces la muerte, y sería ella la que los reuniese diciéndoles: «*Sed felices gracias á mi! ¡Amaos!*»

Una lágrima furtiva se deslizó de sus párpados. El sacrificio iba á consumarse. Pero ¿no era satisfacción grande, consoladora, proporcionarle la dicha apetecida? ¿No era altamente satisfactorio salvar á la novia como había salvado al novio, y contribuir desinteresadamente á su unión, á su ventura?

La frente de Mariquita se iluminó de júbilo sincero al pensar que muy en breve al pie de la

Torre Nueva de Zaragoza podía hacer feliz á Enrique de Lagardère diciéndole:

—¡Sígueme, amigo: ven á buscar á tu prometida, á tu mujer, y no olvides nunca á la gitanita que ha contribuído con toda su alma á devolvértela!



IX

Las aliadas de Aurora.

Satisfecho de sí mismo por creer que había encontrado una aliada, Peyrolles calculó que podía dormir tranquilo; subió á su cuarto, y se acostó.

— Ya lo sabes todo — dijo don Pedro. — Ahora come y duerme, hija mía.

— Esta noche no duermo, padre. Cuéntame minuciosamente todo lo que ha sucedido desde que ese hombre puso los pies en el castillo.

— ¿Le conoces? ¿Conoces á las damas que están arriba?

— Nunca le había visto á él, y nunca vi á las otras; pero sé...

— ¿Qué sabes?

Ella se inclinó para decir al oído del anciano:

— ¡Sé que el gavián ha hecho presa en las pa-